

La máscara de la cera roja

Sergio Martínez Medina

Escritor y docente en el Bachillerato en Artes y Humanidades

Ciclo 1614, Cuarta Era

Venecia

Supo que la lepra había arrasado Venecia hacía apenas unos ciclos, y aun así se embarcó. Puso un par de monedas en la mano del joven que había llevado su baúl hasta la posada y lo despidió con un gesto de la mano izquierda. Llevaba un mes navegando de aquí para allá, sirviendo a los intereses del Duque de Osuna, y sólo le pedía a la vida un día para descansar. Hacía unas semanas había estado en Pax Áurea, pero los malditos Relicarios lo descubrieron y tuvo que huir de ahí. Supuso que lo buscarían por tierra, así que abordó el Aqua Clara y rodeó el Mare Nostrum tanto como pudo. Dejó su cuaderno sobre el baúl y se sentó en la cama. Aflojó las correas de cuero de su refuerzo sintético y permitió que los músculos atrofiados de su pierna descansaran. Afuera, el jolgorio de una Venecia que nunca dormía le reventaba los tímpanos. Le apodaban “Corcovilla”; el miserable de Góngora lo había denunciado ya con los Relicarios de Muspel por robo, y Osuna, siempre dispuesto a darle la mano a su amigo, lo mandó lejos mientras limpiaba los nombres que debieran limpiarse para que pudiera regresar; por lo pronto, él debía hacer encargos. Con el Duque las cosas nunca eran tan fáciles.

Se levantó una vez y su cuerpo se inclinó de inmediato a la izquierda. Durante su niñez, lloró su deformidad y cojera, pero, con el paso de los ciclos, éstos se habían transformado en parte esencial de su disfraz. Se quitó las ropas, las echó en una cubeta de madera que le dejaron ahí y se recostó en la cama. Eran las ocho de la noche de Plu-



tón 13 en 1614, Venecia estaba en el apogeo de su poder como nación mercantil, cuando lo habían mandado a asesinar al elfo Giovanni Visconti, un importante comerciante de la Gallia que controlaba buena parte del tráfico de las islas. Cerró los ojos y se quedó escuchando el alboroto del Carnaval durante unos minutos. Decidió que no podría dormirse así y se asomó a la ventana. Después anotaría:

Luces, Lisi, luces que inundan todo, que embriagan los túneles y montes y forjan un laberinto de oro entre las arterias de Venecia. Llegué esta noche y me impactó el tamaño de sus muelles, los árboles que señorean los muros y cómo la gente vive una vida nueva más allá del sol. Cientos y cientos de escalones se suceden y cubren los montes; mata aquí la luz, pero también matan los suelos, pues los montes se vengan de la civilización destrozando las piernas de los incautos con su altura. Si te pierdes en Venecia, me dijo un marinero, basta con que sueltes una moneda y la sigas cuesta abajo; en algún momento llegarás a los muelles. Y es verdad. Imperio tienen los edificios aquí en la tierra, pero el mar manifiesta su señorío en las aguas, aun en el aire húmedo y pesado y, no conforme con ello, extiende su reino hasta el horizonte.



Luego me alcanzó la música, tan de pueblo, tan de gente que sólo ríe y quiere cantar. Y es que aquí criaron el Carnaval, Lisi: músicos y baile y luces, gente que lleva doble máscara y juega sobre los empedrados; todo en el Carnaval son risas y velas, y son infinitas la gente y las plazas. La luz se multiplica, se refleja en las velas y los ojos, y el oro de las prendas del mundo pareciera no agotarse jamás. Aquí la noche es caminar junto al Quijote, pero también es la Commedia dell'Arte, las folías, los saltarellos. La gente late e improvisa, como entre sueños, y andar entre ellos es perderle el miedo a morir. Los caballos temen entrar y se espantan del frenesí de la fiesta. Siempre hay alguien que no duerme durante el Carnaval. A lo lejos alguien canta.

“Al carajo”, pensó. Tenía algo que hacer y era mejor empezar de una vez. Se volvió a colocar la pierna que le fabricaron los gnomos de Atenas: un montón de aceite, varas y engranes que resbalaban y chocaban unos con otros, que le permitían andar sin cojear. Abrió el baúl y sacó dos frascos de vidrio sellados con corchos, una túnica raída, un frasco de cera de abeja y una daga de manufactura londinense. Se calzó nuevamente la ropa que había echado en la cubeta, salió de entre los muros de madera y cal que hacían de posada y empezó a buscar la sombra que

lo cobijaría. Pasó de las calles bien iluminadas a callejones estrechos y, cuando encontró una callejuela lo suficientemente oscura, se cambió de ropas y ocultó los lentes pesados y redondos que le ayudaban a mitigar su miopía. Se aseguró de ocultar sus prendas y su pierna mecánica entre la basura, se untó cera roja sobre los bigotes y la barbilla –que llenó de barro y lodo para simular lepra– y salió cojeando de nuevo al reino de la luz. Desde la ventana se había fijado que el Carnaval albergaba a todo tipo de gente; que ricos y pobres bailaban unos junto a otros; era el único momento en que don Dinero perdía amigos, en que dejaba de ser tan poderoso caballero.

Se acercó a la plaza oeste cojeando y empujando, sacó uno de los frascos. La gala del Carnaval lo deslumbró: máscaras, oro, plumas y telas se sucedían en un torbellino de perfumes y risas, y de pronto no supo qué hacía ahí; los antifaces, con sus ojos de muerte, lo perforaron con sus abismos; los arlequines y bufones lo aventaron de un lado a otro; tuvo que aferrarse a su fe y pedirle a Kósmon que no lo abandonara. La música y los gritos le sacudieron las manos; la visión de aquel amasijo de carne y cuerpos lo cegó. Alguien le dio un codazo y la botella que tenía en la mano cayó haciéndose añicos.

“¡Mierda!”, pensó, “¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!”. Jaló a un par de personas, empujó a otro tanto y corrió como le era posible sin su muleta; detrás de él, justo donde se había roto el envase, subió el humo oscuro al enemigo cielo, abrazando a los arlequines que bailaban en torno suyo. La música que los rodeaba fue superada por una marejada de tos que procedía de una veintena de personas. El humo se expandía rápido; en donde cayó el frasco ahora había un hueco: un ácido muy potente carcomió la piedra misma, y fue hasta que cayó el primer bailarín que la gente se detuvo. La confusión le dio un pequeño respiro. Retomó el paso cojeando. Los bailarines pasaron al vómito poco después y luego a los gritos. Un Relicario se acercó a las personas y gritó “¡asesino!”. Sus compañeros, todos vestidos de diferente manera, se acercaron a quien dio la alarma; intentó quedarse lo suficientemente cerca para alcanzar a escucharlos.

—Diego, ¿dónde está don Giovanni?

—Con los demás. El Carnaval sigue. No necesitamos que cunda el pánico. Diles que refuercen la zona. Nadie entra sin que lo revisen.

—¿Qué fue?





Plaga, Miguel Ángel Fernández Sánchez.

—Algún miserable trajo una quemavientos.
—¿Los gnomos?
—No, no creo. Están peleando alguna guerra con los troles.
—¿Madrid?
—Es posible. Hace unos días descubrieron a uno de los de Santiago en Pax Áurea.
—Supe que se les fugó.
—Como el humo, Leo, o un jodido fantasma.
—¿Crees que intenten algo más hoy?
—Tal vez sea Granada. Los califas quieren meter sus narices en Hiva con ayuda de los orcos. —Diego escupió—. Sólo atacarán si son idiotas.

Y Quevedo lo era, cuando necesitaba serlo. Se untó algo de mugre sobre la cara, recuperó la compostura y logró enfocarse una vez más. Se dirigió hacia el norte, más allá de la segunda plaza, y bajó desde ahí como si hubiera llegado desde Los Alpes o Bärland. Por suerte para él, los Relicarios estaban tan distraídos que ni siquiera se fijaron en el leproso que entró junto al torrente de almas que llegaban desde aquel acceso de la ciudad. Tal vez los guardias no movieron el mensaje, o los Relicarios de ahí estaban ensimismados con la música y las mujeres; sea cual fuere el caso, él pasó sin mucho problema. Baltasar Gracián diría, algunos ciclos después, que, visto dos veces, ni el sol imponía ni espantaban las bestias; él entendió su destino mucho antes de que le pusieran palabras a lo que iba a hacer. Hizo como que tropezaba y logró robar una máscara blanca a alguno de los asistentes. La música de violines y tambores reverberaba en los edificios, y las luces de las lámparas y las velas le daban a la plaza un aire etéreo, casi pagano.

Llegó una vez más al centro del baile e identificó a Giovanni Visconti por los tres guardias que lo rodeaban, incluso antes de verlo. Los Relicarios, aunque enmascarados, no se apartaban de él; tan perdidos estaban contemplando a su protegido que ni siquiera se cuidaban entre ellos. “Pero son Relicarios”, pensó, “la Academia no...”. No sería la Academia, al menos no la de Madrid. Se aseguró de que lo vieran cojeando, exageró sus tropiezos y aventó a uno que otro idiota que le estorbaba. Se aproximó a don Giovanni, aprovechó la velocidad de sus manos para cubrir de veneno la hoja de su puñal, se acercó a uno de los Relicarios y, sin

hacer un solo sonido, le atravesó la axila de abajo hacia arriba y le echó una copa de vino en la cara. El movimiento fue tan rápido que el guardia se desplomó sin oponer resistencia. La gente de los alrededores, creyendo que estaba ebrio, lo empujó lejos, pasándolo de mano en mano, hasta una orilla donde habían aventado a todos los borrachos.

Esta vez fue su pierna atrofiada la que lo traicionó. Estaba por cubrir la daga con una segunda dosis de veneno cuando un dolor lo atravesó como un relámpago, lanzó un grito, sujetó el envase y tropezó. Se rehízo rápidamente, pero los Relicarios alcanzaron a ver el puñal. Uno de ellos se acercó en dos pasos; por instinto, lanzó el ácido a la cara del guardia. La máscara lo protegió, pero la fórmula le llegó a los ojos. Éste lanzó un grito horrible que se escuchó al otro lado de la plaza. don Giovanni empezó a empujar a la gente. Él se maldijo y arrojó la máscara que llevaba. Un delgado pasillo se abrió ante él y utilizó su pierna derecha para lanzar el cuchillo con toda la fuerza que pudo. La hoja voló entre máscaras y cabelleras y se clavó justo entre los pulmones de don Giovanni. El veneciano cayó con un gemido para no levantarse nunca más.



Empujó a un enano que bailaba junto a él y le arrebató la máscara. El enano gritó un par de cosas, pero regresó al baile cuando se dio cuenta de que sería inútil perseguirlo. A codazos y empujones se fue abriendo paso entre la multitud. Robó una capa, un abanico y un bastón y disminuyó el paso. Las luces y la música se iban haciendo más débiles, pero se dio cuenta muy tarde de que la gente de su izquierda le había abierto el paso a unos Relicarios que gritaban que nadie saldría de la zona hasta que los revisaran. El enano de más atrás reconoció su máscara y le dijo a los Relicarios que ahí estaba el ladrón. El corazón y los huevos se le fueron a la garganta. Lo rodearon en un instante; la gente detrás de él se volvió un muro y recordó la máscara que se había fabricado con cera roja. Tiró la máscara al suelo y gritó “¡Tengo la lepra, cabrones! ¡Tengo la lepra!”. Se arrancó un pedazo de mejilla y lo arrojó al enano. El grito que lanzó lo habría hecho quebrarse de risa en cualquier otro momento, pero entonces lo alivió. El enano empujó a los oficiales para pasar y corrió detrás de él, entre tropezones, haciendo ruidos y lanzando pedazos de cera enlodada a la gente. El pánico se apoderó de la plaza y los músicos dejaron de tocar. La lepra había llegado a llevarse a todos. Corrieron y empujaron, y él logró ponerse a salvo en los corredores.

Se mezcló una vez más entre la gente, se quitó lo que le quedaba de cera con la capa que traía, abandonó la prenda, pero conservó el bastón, y se preguntó si habrían alcanzado a verlo a los ojos. Se acercó a los borrachos, rehízo su disfraz y puso todo cuanto le era humanamente posible en un andar menos tullido. Había practicado caminar con el bastón y hacerle al ciego, y entonces agradeció bastante poder caminar casi recto. Se abrió paso entre la multitud, gritando y apurado como los demás, diciendo que la peste había encontrado un nido en la embriaguez. Un par de Relicarios lo examinaron pero, como no sabían qué buscaban, lo dejaron ir. Se dirigió al este, se deshizo de la máscara y el bastón, tomó los caminos más torcidos que pudo, llegó a donde había escondido sus cosas y se vistió nuevamente como comerciante. Regresó a la posada, se limpió rápidamente y se vistió sus calzones de algodón. Se aseguró de que su túnica de los Caballeros de Santiago fuese visible para todo aquel que entrara. Se ajustó la pierna mecánica y se acostó en la cama.

Dos Relicarios se colaron a su habitación bien entrada la noche. Lo levantaron de un tirón, le dijeron algo confuso, vio las paredes blancas que lo rodeaban, lo metieron al barco comerciante más cercano y luego se alejaron de él. Desde ahí, Francisco de Quevedo y Villegas vio que las luces de Venecia se habían apagado. Y se apagaron setenta vidas en la estampida que comenzó con don Giovanni. Y se apagó la música y el Carnaval; y la lepra y su fantasma azotaron Venecia, que se había oscurecido bajo una sombra que ni siquiera era real.

*Elogio a la locura IV, Daniel Osvaldo Altamira Gasca,
María del Rocío Vázquez Ramírez y Dim.*

